LA INCREÍBLE HISTORIA REAL DE EL CÓMICO SUICIDA

Diario de un cocainómano

GUSTAVO BIOSCA
RAFA MILLÁN

UN LIBRO QUE ENGANCHA

Gustavo Biosca
y Rafa Millán

Diario de un cocainómano

La increíble historia real de El Cómico Suicida

temas de hoy.

Índice

1. Muerte y vida de Gustavo Biosca 11
2. Puta zorra 21
3. Satán y otras aficiones 27
4. La noche de los muertos vivientes 34
5. Año iniciático 38
6. Dolor y culpa en un 600 45
7. El Conan de las Drogas 51
8. Las bombas del Cuarteto Calavera 58
9. La delgada línea blanca 63
10. Estrellas fugaces de la coca 69
11. El reverso tenebroso, el bajón y la resaca 81
12. Semidioses de barrio 86
13. Un gramito por ser jueves 96
14. Coca, violencia y muerte 102
15. Baños, qué lugares 110
16. Ansioso, callado, tonto, pesado, peligroso 118
17. Correrías carcelarias 125
18. El Oráculo de Orcasitas 131
19. Dominatrix electroquímica 136

20. Cóctel molotov 142
21. Desintoxicación, el juego de mesa 148
22. Mártires del humor 153
23. Todo por la tocha 159
24. Second Life 165
25. Pasarse de la raya: cómo ser Gollum 168
26. El Cómico Suicida 172
27. El cómico zombi 179
28. Manipulación extrema 184
29. Idas de turulo 190
30. Corazón Roto 202
31. Adulteración esquelética 207
32. Síndrome de abstinencia 219
33. Muere El Cómico Suicida 225
34. La atracción del abismo 231
35. Desintoxicación selvática 236

Epílogo. Todo es droga 251

1

Muerte y vida de Gustavo Biosca

Me muero.

Mis pulmones gimen con un pitido acuoso, desesperados por una bocanada de aire fresco. Me estoy asfixiando.

Mierda. Me muero de verdad.

Mi pecho emite un sonido ronco y vibra como si me sonara un teléfono móvil dentro del esternón.

El sabor ácido y amargo de la cocaína se extiende desde mis fosas nasales hasta mi lengua, ocupando todo mi sentido del gusto y del olfato. Y la sensación continúa garganta abajo transformada en una acidez que me quema el esófago.

Me viene una arcada, espesa y repugnante. Consigo controlarla agarrándome más fuerte a las sábanas blancas de la cama del hospital. Mi estómago arde y mis tripas chillan de dolor.

Supongo que más de media botella de JB y 7 gramos de coca hacen vomitar a cualquiera. Pero yo no soy cualquiera. Y a mí vomitar me parece una paletada. Resistiré, por mis cojones.

Recuerdo un mal rollo de coca en que un amigo me dijo que potara, y yo le respondí que prefería morir. Creo que estoy a punto de comprobar cuánta razón llevaba.

La arritmia es brutal. Leo 130 latidos por minuto.

De repente, el corazón me golpea fuerte. ¡Pum, pum! Como si me dieran puñetazos desde dentro [140]. Una y otra vez. ¡Pum, pum! Ahora alguien se está marcando un zapateado con botas de tacos sobre mi pecho. ¡Pum, pum!

[150]

La máquina de medir pulsaciones se vuelve loca [160]. Y empieza a pitar a un ritmo salvaje [170].

Luego un pitido largo...

Y luego nada [0].

Se enciende una luz roja. En alguna parte (tal vez en mi cabeza), se dispara una alarma que grita machaconamente, como si viniera a buscarme una ambulancia del infierno.

Lo último que veo es al médico acercándose con el desfibrilador en las manos. Y entonces, sé que voy a morir. Lo sé con absoluta certeza.

Nunca más me follaré a otra piba. Nunca más haré otro bolo suicida. Nunca más esnifaré otra raya. Nunca más visitaré un cementerio (en vida).

Nunca más...

Cayó el último grano de mi puto reloj de arena. Solo que la arena de mi reloj era blanca y escamosa, y yo mismo me la fui esnifando, raya a raya.

Antes de irme, el último instante, infinitesimal, no acaba nunca...; se repliega dentro de sí mismo y se extiende ilimitado... Es un océano sin principio y sin final agitándose en la fina membrana que separa el ser de la nada...

Toda la realidad, el tiempo y el espacio se comprimen en un solo instante eterno.

Aquí y ahora...

Y justo antes de disolverme en una dulce oscuridad, mi

vida empieza a desfilar ante mis ojos. Y lo veo todo. Y lo comprendo todo. Incluso puedo hacer anotaciones a pie de página de mi propia existencia.[1]

¡Joder! ¡Morirse es acojonante!

Jeringuillas en los parques

Yo nací un 18 de febrero de 1977, en algún hospital de Madrid, que ni sé cuál ni me importa.

Si hacéis un poco de numerología y sumáis las cifras, veréis que $1 + 8 + 2 + 1 + 9 + 7 + 7 = 35$. Para mí no significa absolutamente nada. Me hubiera encantado que en lugar de 35 saliera 666. Qué le vamos a hacer.

Me han dicho que ese mismo día murió un yonqui justo a las puertas de mi casa. Hubiera estado bien, una compensación kármica por mi nacimiento. Pero debe de ser una leyenda. Si mi número fuera el 666, todavía; pero con un mediocre 35, mira que lo dudo.

Aunque no pueda decir que ese día murió un yonqui, lo que sí puedo aseguraros es que ese día nació uno. Y aunque no coincidiera con el momento exacto de mi gloriosa venida al mundo, hubo muchos muertos en mi barrio, Oporto, durante los primeros años de mi infancia.

En aquella España en blanco y negro, de descampados y calles malolientes, no era raro escuchar que unos drogadictos habían robado un coche o montado un jaleo en el bar de

1. Así de fácil.

la esquina. O que discutían a gritos sobre la crítica de la razón pura (lo que me saca de quicio).

Recuerdo a los yonquis pinchándose en plena calle e intentando robarme el dinero de la merienda. El caballo estaba muy presente. Se respiraba en el aire. Y también en las jeringuillas con sangre coagulada que se encontraban por los parques. No era el ambiente ideal para que los niños jugáramos al escondite inglés.

Las muertes nunca me han impresionado mucho. Excepto una, la muerte por sobredosis. Me costaba entender que hubiera tontos tan tontos que se mataran a sí mismos consumiendo un veneno intravenoso.

También me llamaba la atención que en la heroína pudiera caer cualquiera. Los yonquis eran hijos de abogados, médicos, funcionarios, chapistas, pseudoterratenientes, positivistas lógicos, guardias civiles... Y también hijos de gente respetable.

Así que llegué a una conclusión que a mí, como a toda mi generación, se me quedó grabada a fuego: la heroína es una mierda pinchada en un palo.

O, como en este caso, pinchada en vena.

Cementerios, piromanía y allanamiento de morada

Desde niño me han atraído el fuego, los cementerios y el allanamiento de morada (tanto de edificios públicos como abandonados). Con menos de seis años era un allanador profesional y un apasionado pirómano. Desde entonces, sin mechero me siento desnudo.

Me encantaba ver cómo ardían todo tipo de cosas, sobre todo en casa ajena. Juntaba chatarra y palos que encontraba por la calle y me colaba en algún lugar deshabitado, mejor

un cementerio, e improvisaba una hoguera con dos muñecas Barbie medio rotas, previamente robadas a mi hermana, y un musculado Geyperman de mi hermano. Los veía derretirse en el fuego como almas en pena, purgando sus pecados de plástico y perfección estética.

Los cementerios han sido como una segunda casa para mí, tal vez porque simbolizan la frontera entre la vida y la muerte, y yo, casi siempre, he preferido la muerte.

Aparte de estos *hobbies,* durante toda mi vida me he visto acompañado (y esclavizado) por una gran fantasía y un gran ego. Lo que me llevaba a imaginar cosas con las que sentirme distinto y especial, como que yo era un ser extraterrestre encarnado por error en esta mierda de cuerpo de humano.

Y no porque no me gustara mi cuerpo (que es lo que hay), sino porque no me gustaban los humanos.

Materia y antimateria

Una noche tuve un sueño en el que salía un gato con cara de perro. Lo llamé *gato-chucho* y ha sido todo un símbolo para mí porque siempre he sentido, a la vez, una cosa y la contraria. Mi vida ha estado desgarrada por dos fuerzas opuestas que amenazaban romperme (y a la vez me hacían más fuerte).

Ha sido un poco como juntar materia y antimateria (que vete tú a saber qué coño pasa) o como ser un nazi negro. En otras palabras, soy la paradoja con patas y ropa de marca. Gato-chucho.

Por ejemplo, desde pequeño he sido un relaciones públicas nato. Me bastaba salir a la calle para encontrar un montón de gente que se moría por pasar un rato conmigo. Pero,

a pesar de eso, siempre me he sentido muy solo, incluso en medio de la multitud.

Otro ejemplo: yo era el gamberrazo-que-te-cagas de mi barrio, pero a la vez salvaba animales y me preocupaba de no matar insectos o pisar hormigas. Y me acomplejaba que algunos niños dejaran de quedar conmigo porque sus padres les prohibían las malas compañías. Aunque, como yo iba con todo el mundo, se tenían que autoexcluir y al final los marginados eran ellos.

O sea, gato-chucho.

Una vez, un psicólogo bastante gilipollas me dijo que eso era «el síndrome del caracol», acorazado por fuera y tierno por dentro. Pues eso, bastante gilipollas.

No solo soy paradójico, sino también extremista. Yo soy de leche ardiendo o de café con hielo. Pero nunca «del tiempo». Y eso que odio el café.

Con la gente me pasa lo mismo. Jamás he hecho alianzas neutrales. O me amas o me odias (o las dos cosas a la vez). Por suerte, casi siempre ha sido lo primero, al menos hasta mi etapa más yonqui y más *destroyer*.

Pero aunque la mayoría me amara, nunca me he privado de disfrutar de unos pocos enemigos mortales. Han ido cambiando con el tiempo, pero en todas las etapas de mi vida siempre ha habido tres o cuatro gilipollas que me odiaban a muerte.

Yo los llamo *mis enemigos de cabecera*.

Fobias y duendes punkis

Me acojonaban dos cosas, la oscuridad y la música del programa *La Clave*. Y a veces las combinaba y me deleitaba ima-

ginando que, en la más negra oscuridad, un montón de monstruos tipo Lovecraft venían a acecharme con los acordes de esa música tétrica y terrorífica.

Más tarde, algunos de estos monstruos me revisitaron en mis delirios cocaínicos, y pude llegar a ver lo que escondían bajo esa máscara de tentáculos y locura. Pero aún falta mucho tiempo para eso.

A veces, antes de dormir, mi hermano y compañero de litera ponía en la Ser el programa sobre fenómenos paranormales *A medianoche* de mi tío, el famoso locutor radiofónico Antonio José Alés. Y eso me acojonaba el triple.

Como es habitual, además de tener una tremenda fobia a la oscuridad, a la vez me encantaba todo lo oscuro. Amaba y odiaba la misma cosa. Una vez más, gato-chucho.

Y ¿por qué tenía fobia? Por los duendes.

Sí, has oído bien. Duendes demoníacos con aspecto de punkis que salían de mi armario y que solo yo podía ver. ¡Qué hijos de puta!

Mi habitación era como una especie de portal a una realidad habitada por cabrones bajitos con chaquetas de pinchos, tatuajes imposibles y crestas multicolores.

A veces me parecía escuchar cosas muy raras como arrastrarse cadenitas, risas locas y sonidos de pasitos de seres ocultos en esa densa oscuridad.

Ojo, que en este caso no estoy hablando de imaginaciones o visiones infantiles, sino que se trataba de espectros que yo veía realmente. Los niños tienen estas aperturas a otras dimensiones que se van cerrando bajo el peso del tiempo y de la edad.

Naturalmente, dormía acojonadísimo en la litera de arriba, destapado y con los ojos abiertos, por si había que salir huyendo ante un ataque de seres metafísicos.

A veces me acostaba con una máscara de Spiderman que me regaló mi padre para intentar dar la vuelta a la situación y ser yo quien los acojonara a ellos. Desde entonces «dar la vuelta a situaciones» se ha convertido en una de mis especialidades.

Aunque hay una cosa que he de agradecer a los duendes punkis. Ellos me iniciaron en una práctica en la que llegaría a ser todo un experto. Aprendí a «comer techo».

Me tumbaba sobre la cama, miraba para arriba y me quedaba quieto (o inquieto) durante horas. Hasta que iba viniendo el sueño y literalmente me violaba (ya que yo nunca me dejaba hacer).

Años después, con la coca y otras drogas llegaría a profesionalizarme en el fino arte del *teching*. Que para mí ya era vocacional a estas edades.

Con el *teching* se nace, no se hace.

Enroscado en la serpiente

Además de los duendes, un día viví otra experiencia paranormal bastante fuerte.

Estaba durmiendo en mi habitación, comiendo techo como buenamente podía y moviéndome de un lado para otro más que un rabo de lagartija con párkinson, cuando me ocurrió algo espantoso. Lo peor que podía pasarme: se me cayó la almohada. Y si ya me cuesta dormir con almohada, sin ella no hay dios que lo consiga.

No sabía qué hacer. Si arriesgarme a bajar ahí, a los dominios punkis, o pasar de la almohada y enfrentarme a mi *teching* a pelo durante el resto de la noche. No acababa de

ver claro cuál de las dos cosas me acojonaba más. ¡Ay, qué miedo!

Tardé un buen rato en decidirme mientras escuchaba los suaves ronquidos de mi hermano mayor (por aquel entonces no tan mayor) que dormía tranquilamente en la litera de abajo, ajeno al terrible drama que transcurría sobre él.

Al final, decidí bajar de mi cama con dos cojones (de la época). Y cuando llego al suelo escucho un zumbido muy extraño, el clásico de abducción alienígena, semejante al que hacía un videojuego del Spectrum al cargarse.

De pronto algo me envuelve. ¡Ay! Pero no son las manitas diminutas de los duendes, sino una serpiente verdosa y fosforescente que me rodea en un abrazo asfixiante...

Entonces salgo flotando por encima de las camas y vuelvo al cuerpo.

Hace no mucho, un chamán colombiano me dijo que enroscarse en una serpiente es una de las primeras cosas que se siente con la ayahuasca. Yo lo experimenté con seis años. Y con colacao.

Después de esto no he podido dormir tranquilo en mi puta vida. Como veis, entre unas cosas y otras, mi batalla contra el insomnio está perdida de antemano.

Y con colacao.

Poltergeist, mi primer amor

Amaba las pelis de terror o, como decía el presidente de mi bloque, las «pelvis de terror». Las amaba porque me asustaban, claro.

La que más recuerdo es *Poltergeist*, que literalmente cam-

bió mi vida. Y no solo porque me acojonó; sino porque me enamoró. Mi primer gran romance fue con la niña de *Poltergeist*. El terror me llevó al amor.

Recuerdo que estaba en Parque Sur, columpiándome con mi amigo Óscar, que tenía siete años como yo, cuando le pregunté si sabía en qué dirección se hallaba Estados Unidos.

Oscar paró en seco el columpio, me miró con una cara muy rara y me preguntó por qué cojones quería saber esa gilipollez. Y yo le respondí encandilado que para mirar en la dirección donde estaba ella, mi amor verdadero, la niña de *Poltergeist*.

Óscar señaló en una dirección, absolutamente inventada, y yo miré hacia allá, más enamorado que nunca, convencido de que ella estaba al otro lado del mundo, sentada en otro columpio igual que el mío, mirando hacia mí, formando un hilo invisible y transatlántico de amor infantil.

Cuando me metía en la cama, me deleitaba recordando escenas de la película que, en vez de asustarme, me relajaban. Sobre todo la típica en la que Carol Anne señala la tele y dice: «Ya están aquí».

Entonces me ponía tierno y me olvidaba de la serpiente y de los duendes punkis, y abrazaba mi almohada dulcemente pensando en ella. Carol Anne amenizaba mucho mis largas noches de *teching*, que ahora eran de amor y miedo.

Cuando, años después, me enteré de su muerte, lo pasé fatal. Fue como si se muriera Justin Bieber para las niñas tontas de ahora.